
Palacio, Manuel (2012). *La televisión durante la Transición española*. Madrid: Cátedra.¹

Como niño de la Transición, dos recuerdos televisivos vienen a la memoria intensamente. El primero es la carta de ajuste, al principio en blanco y negro, y más tarde, como gran novedad tecnológica, en color. En aquellos tiempos, encender la tele implicaba a veces el acto de sentarse frente al aparato, esperando a que llegase la hora del comienzo de la emisión diaria. Es decir, las imágenes y sonidos televisivos tenían un comienzo y un fin. No eran un *loop* interminable y repetitivo, despedido desde varias decenas de canales de manera obstinadamente continua. Había dos canales, la primera y la segunda cadena de TVE, y todos elegíamos la una o la otra, porque no había más, aunque en ocasiones lo deseásemos denodadamente. En otros términos: la televisión funcionaba como gran mecanismo de construcción de la conciencia nacional, como herramienta propagandística y también como ventana a otros mundos desde un tejido social que no era más que una democracia en ciernes, torpón pero ilusionado y esperanzado. El segundo recuerdo es un *flash* de mi barrio, del descampado donde habitualmente se arremolinaban treinta o cuarenta chavales a jugar al fútbol, a las chapas, a la peonza, a lo que se pusiese de moda. Aquella tarde estaba completamente vacío y me conformaba con darle a la pelota contra la pared, ensayando pases complicados que no me terminaban de salir a unos cracks imaginarios del balón. ¿Por qué? Todos mis amigos, sin

excepción, estaban viendo *Verano Azul*, esa serie que batió records y quedó para siempre en la memoria de decenas de miles de niños que hoy en día, ya adultos, la recuerdan con nostalgia y candor. No sé bien porqué *Verano Azul* no consiguió engancharme. Quizá fue porque me gustaban más las series de acción como *V o El coche fantástico*, o porque la obra de Mercero me ofrecía una visión de la costa mediterránea demasiado cercana dado que siendo de Valencia yo veía cada año a esos niños de interior ocupando como locos cada centímetro de arena de playa y deseaba que se fuesen lo antes posible. Quizá era porque ni era lo suficiente mayor para entender los primeros devaneos sexuales de la adolescencia ni suficientemente pequeño para identificarme con el “Piraña” y Pancho. Quizá fue que tampoco entendía por qué la serie era uno de los primeros hitos de libertad desde un registro popular que nos dio lo audiovisual español ni que Chanquete, como afirma Manuel Palacio, fuese “una contrafigura de Franco”, el abuelo de todos los españoles, el abuelo de un país con ansías y necesidad de cambio, de un país que todavía vivía con un poco de miedo aunque, pasito a pasito, estaba aprendiendo a dejarlo atrás.

No es casualidad que *La televisión durante la Transición española* comience hablando de la carta de ajuste y concluya con *Verano Azul*. Parte del rigor histórico y documental para adentrarse en el análisis formal de una serie de textos fundamentales en el discurrir de la televisión en España desde 1974 hasta 1981. Así mismo, retoma textos claves realizados a posteriori como *Cuéntame cómo pasó*, *La chica*

de ayer, 23-F: el día más difícil del Rey o *El asesinato de Carrero Blanco* para escudriñar la memoria televisiva de la Transición, analizando así, desde una perspectiva actual, como se recuerdan y reconstruyen aquellos años.

Palacio comienza apuntando que la televisión “colabora en los procesos conformadores de la opinión pública, en los mecanismos de socialización de los ciudadanos y en el ordenamiento del universo simbólico de cada comunidad” (9). Por consiguiente, su exhaustivo análisis de la televisión durante la Transición no se limita a exponer hechos y relatar cifras sino que, fundamentalmente, se detiene en el significado de tales datos y su intrínseca relación con el discurrir socio-histórico y cultural de la conciencia nacional. Para ello, el volumen reivindica la extraordinaria labor, a menudo a contracorriente, de los trabajadores de televisión española como hábiles negociadores de las inmovilistas (o al menos, excesivamente cautas) maniobras del poder político reinante. Por otra parte, no relata con ligereza los eventos televisivos clave del discurrir político, tales como la comparecencia de Carlos Arias Navarro tras la muerte de Franco, el primer discurso de Adolfo Suárez como presidente del gobierno o las comparecencias televisivas de Juan Carlos I, sino que se detiene en ellos, analizándolos textualmente para así revelar el aparato ideológico que los sustenta. El autor entiende a la perfección que la “estética” de un determinado discurso televisivo es un punto de entrada privilegiado al tiempo-espacio ideológico y cultural del que emana y solo partiendo del microanálisis de una selección de estos momentos claves, se puede entender la sociedad

española de la época y, fundamentalmente, estudiar cómo el aparato televisivo contribuía a moldearla.

Así mismo, es necesario destacar el rigor documental del volumen. Para conseguir tal objetivo, Palacio no solo acude a los protagonistas directos de las historias de la televisión en España durante la Transición ni a las reflexiones, ponderadas por el tiempo, de intelectuales e investigadores sino también a numerosos artículos de prensa de ideologías bien diversas (desde *El Alcázar* hasta *El Socialista* pasando por *El País* o *ABC*) que nos ofrecen el latir de la opinión pública española sin filtros memorísticos, como un acción y reacción que permite al lector contemporáneo dibujar los matices constitutivos de las diversas fuerzas en colisión durante el camino hacia la democracia, pudiendo así el lector elaborar una cartografía de qué tipos de programas se convirtieron en el foco de debate de las diferentes fuerzas ideológicas de una España en Transición. Asombra, sin sorprender necesariamente, que el sector franquista continuista pusiese el grito en el cielo por la emisión en el año 1974 de la serie sueca de ficción para niños *Pipi Calzaslargas*. Sí, era demasiado “libertaria” para los adalides del nacional catolicismo franquista. Sin embargo, no solo no se canceló sino que se repuso aunque, como apunta Palacio, se dio un paso atrás al sustituirla por la menos “peligrosa” *Heidi* (62). Esta es quizá una de las características fundamentales de este periodo: el intento de abordar temas hasta entonces tabú, la parcial supresión o censura de los mismos y el redoble de tambores para tratarlos de nuevo. No hay mejor ejemplo de esta lucha por ganar

centímetro a centímetro la libertad en el medio televisivo que el programa de José Luis Balbín, *La Clave*.

El autor afirma de manera tajante lo siguiente: “cualquier observador de la vida social en la España de la Transición pudo comprobar el deseo que todos los españoles teníamos de conocer lo que se había hurtado en los años de dictadura” (255). En este sentido, *A fondo* (1976-1981), y los programas de cariz social y cultural de la segunda cadena, de manera más general, ocupan un lugar de privilegio. Pero, como afirma Palacio, *La Clave* es la “quintaesencia del recuerdo y de la memoria social de la Transición” (258). El formato era sencillo: presentación a cargo de Balbín, emisión de un largometraje que ilustraba el tema tratado y debate posterior en directo de un grupo de expertos. En sus tres etapas, tuvo más de cuatrocientas entregas y, desde un inicio se convirtió en el termómetro que marcaba el régimen de libertades de la España en Transición. Si algo se prohibía un día (el divorcio, la homosexualidad etc.), terminaba emitiéndose posteriormente. De este modo, *La Clave* se torna colaborador esencial para la creación de una esfera pública democrática, abriendo progresivamente la televisión a lo otrora prohibido. Si el celeberrimo escote de Rocío Jurado escandalizó a los miembros más retrógrados de una sociedad anquilosada e hipócrita, *La Clave* indignó a los mismos de forma, si cabe, todavía más poderosa: la llegada de la democracia era indeclinable y las jerarquías socioculturales de la dictadura se resquebrajaban a pasos agigantados. Estaban perdiendo la batalla. Como destaca Palacio, *La Clave* sirvió para

establecer “la nueva ordenación de los valores en el espacio público democrático” (262), haciendo que TVE fuese capital en la creación de consensos democráticos y la articulación de debates nacionales.

No me gustaría concluir esta breve reseña sin antes apuntar la importancia que Palacio otorga a la cultura popular en su estudio de la televisión en la Transición en España. A parte de *Verano Azul*, el volumen reivindica la importancia histórica de series como *Curro Jiménez* y *Los libros* y programas de entretenimiento como *Jueves locos* en la creación de un foro de opinión alternativo a las ideologías hegemónicas. Así mismo, realiza un análisis exhaustivo de la serie de televisión contemporánea más longeva en la historia de los medios españoles, *Cuéntame cómo pasó*. Palacio relata cómo la serie ha sobrevivido a la alternancia entre PP y PSOE y aporta un detallado estudio de la recepción crítica de la misma, resaltando cómo coloca a la audiencia televisiva “en un tiempo en el que todo el futuro colectivo e individual de los españoles está por escribir” (357), configurándose así en un texto clave en los discursos de memoria de la Transición.

En definitiva, *La televisión durante la Transición española* es una obra de referencia. Y lo seguirá siendo dado su excelente trabajo de investigación, su perspicaz cariz analítico y su valioso tejer de múltiples historias paralelas que solamente pueden comprenderse de manera relacional.

VICENTE RODRÍGUEZ ORTEGA
UNIVERSIDAD CARLOS III, MADRID (ESPAÑA)

¹ Nota: El libro incluye el DVD del documental *Las lágrimas del presidente*, con guión de Gregorio

Roldán y Manuel Palacio, centrado en el papel de la televisión como actor fundamental durante la Transición.